

Graciela Tedesco - Cecilia Moreyra

Editoras

# Paisajes de Güemes

## Habitar la casa, el barrio y la ciudad



Área de

Publicaciones



# Paisajes de Güemes

*Habitar la casa,  
el barrio y la ciudad*

Graciela Tedesco Cecilia Moreyra  
(Editoras.)

Área de

Publicaciones

ffyh

Facultad de Filosofía  
y Humanidades UNC



Universidad  
Nacional  
de Córdoba



## 4. MEMORIAS

### Pasaje Revol 50-52. Vidas en una casa municipal

---

Por Carlos Ángel González<sup>1</sup>

**L**as casas municipales fueron construidas en 1889 por iniciativa del intendente Luis Revol para brindar una solución político-sanitaria a la problemática habitacional de sectores obreros y carenciados. Este complejo de 84 casas se construyó en lo que fue previamente la plaza de las carretas, y donde en la actualidad se encuentra el Paseo de las Artes.

Carlos Ángel González nos cuenta en primera persona la historia de una de esas casas ubicada sobre pasaje Revol. El relato y las imágenes muestran el vínculo entre la casa y las experiencias que atravesó su familia desde fines de los 40 hasta los 90. Una historia marcada por distintos procesos políticos que repercutieron en la vida de cada uno de sus integrantes, con experiencias dolientes de resistencia y persecución; pero también como relata Carlos, con momentos de diversión y apoyo mutuo.

Vemos en este escrito cómo la familia se acomodó a la casa y ésta fue acomodándose (con su cocina ampliada y puertas agregadas) a la familia y a sus actividades. Y descubrimos también cómo se vinculó a otros espacios del barrio y la ciudad: el pasaje, las casas cercanas, el parque Sarmiento, los barrios próximos; las distintas escuelas por las que transitaron.

Un pájaro, un delfín, un barco, no abandona su nido, el vientre, el muelle, tan solo para surcar el medio sin importar el tiempo, por el simple hecho de volar, nadar y flotar, no. ¿Qué razón tiene entonces existir por el único motivo de permanecer y transcurrir? Desde el inicio encontrará en su marcha bonitas mañanas, días lluviosos, atardeceres vibrantes, embravecidas tormentas, radiantes emocio-

---

1 Apasionado de la biología y la investigación. Docente en estado jubilatorio de la UNC y ex profe del 11. Fanático de los abrazos. Yo soy el que fui, el adolescente de las utopías posibles. El tercero de los hijos de Teobaldo y Rita.

nes, en fin, todo el espectro de matices que la existencia terrenal ofrece en tan hermoso planeta. Y con todo, hacia el fin de sus días, podrá sentir que ha honrado a la vida.

De modo que perdería fuerza el relato, si este fuera simple y sencillo, soslayando eventos relevantes que han marcado mi existencia y de mi familia. Entonces, no puedo ni debo describir solamente las características físicas de mi casa natal y las vivencias en ella desde mi infancia hasta el presente sin todo aquello, sería un silencio cómplice con los hechos allí vividos a lo largo de más de medio siglo.

Yo, Carlos Ángel González, argentino de 72 años de edad, docente de enseñanza media de la Provincia de Córdoba, Profesor en la Cátedra de Biología Celular de la Facultad de Ciencias Agropecuarias de la Universidad Nacional de Córdoba, biólogo, Dr. en Ciencias Biológicas, jubilado, nacido en el inicio de la segunda mitad del siglo XX, un tres de mayo de 1951, en el Pasaje Revol 50 – 52 (hoy Paseo de las Artes) del barrio Güemes de la ciudad de Córdoba capital, declaro bajo juramento ante la comunidad que todo lo expresado en el presente texto será el reflejo de estos ojos, del grito amordazado y el ceño fruncido del niño que fui, como espejo de los años transitados.

Hijo de Doña Rita Elena Lujan Menazzi de González, argentina, nacida el 20 de enero de 1921 y de Don Teobaldo Domingo González, argentino nacido en Santiago del Estero, julio de 1926, ambos se conocieron en el barrio de San Vicente y desde un romance muy particular formaron la numerosa familia de nueve hijos. Hacia fines de la década del cuarenta se instalaron en una de las viviendas que formaba parte de un conjunto ubicado en dos manzanas y era conocido como casas de departamento, inquilinatos, viviendas municipales destinadas a familias obreras, aunque inicialmente se construyeron para dar albergue a inmigrantes italianos, españoles y árabes.

Este hogar nació a partir de una historia de amor apasionado en la que un joven de 17 años locamente enamorado de Rita Elena, de rodillas frente a ella, declaró el estado de sus sentidos en total alienación por esa hermosa mujer, entonces de 22 años. Surgió a partir de ese momento una relación enceguecedora como el fulgor de relámpagos.

Rita Elena y Teobaldo-1940



El hogar de los primeros años estaba compuesto por mamá Elena, papá Teobaldo, el primogénito Teobaldo Domingo, mi hermana mayor Alba, luego Ernesto y en menor orden Carlitos (yo). Con los años se agregarán Monona, Patricia, César, Mercedes y finalmente Claudia.

Desde entonces y hasta el año 1953 en que nació Monona, la familia de cinco integrantes se distribuía en una casa de tres habitaciones, un patio, baño simple y cocina, con una única salida hacia el espacio común con los vecinos, al que llamábamos pasillo. Poco tiempo después, aproximadamente en 1954, en una de las habitaciones se cambió la ventana por una puerta hacia la calle por motivos que más adelante veremos.

Esta vivienda, con todas sus características físicas, materiales y subjetivas descriptas, a la par de las que veremos después será “Mi primer puesto de fuego” que marcará mi existencia a lo largo de los años, pues he forjado mi personalidad al calor de mi hogar y las “invasiones bestiales”; aprendí a resistir los atropellos y luchar por los derechos. Después, ya profesor de escuela media y universidad, las aulas serían también un puesto de fuego donde, en el marco del compromiso, respeto y ética, he transmitido los contenidos políticos de las asignaturas impartidas con el objetivo de formar ciudadanos pensantes, comprometidos con la patria y su pueblo.

## **De la cocina**

Nuestra casa fue un territorio viviente. La cocina, ubicada hacia un rincón del patio, se diferenciaba del resto de las dependencias. Allí nos reuníamos toda la familia y amistades en torno a la mesa; resultaba un espacio significativamente pequeño al que se agregaba una “cocina” de hierro que funcionaba con leña o carbón, y donde abuelita cocinaba el puchero chico, mazamorra, el mate cocido con leche al que agregaba, en la taza, una brasa previamente pasada por azúcar. No existe una infusión más agradable en todo el planeta, guardo su aroma y sabor a lo largo de los años. La leche se compraba suelta en la lechería o bien, a un vendedor ambulante que pasaba con sus tarros en una jardinera, se calentaba en un recipiente grande o hervidor y luego del hervor se dejaba reposar, sobre ella aparecía una película circular ocupando toda la superficie del recipiente, muy rica en calorías, la nata, pura manteca.

La cocina resultaba pequeña, motivo por el que mis padres decidieron retirar la cocina económica de hierro y derribar la pared que separaba la salida desde el patio hacia el pasillo. De modo que resultó un espacio alargado y techado más cómodo, aunque con la reducción de la superficie del patio. La antigua puerta de la cocina se cambió por una ventana y una nueva puerta comunicaba patio con cocina. El instrumento para cocinar los alimentos era el brasero y calentador a kerosene “Bram Metal”. En este lugar he desayunado el mate cocido que mi padre, muy temprano, nos servía a mí hermano Teobaldo y a mí, en jarro de aluminio. Qué traumático resultaba ése recipiente caliente en mis labios, aquellas mañanas de invierno antes de marchar hacia la escuela (Gobernador José Vicente Olmos).

La cocina significa un lugar muy particular; además de los encuentros alrededor de la mesa con la familia, parientes, amistades y cumpleaños, es un escenario anónimo de años cargados de atropellos irracionales. Allí, con todos mis sentidos, he presenciado el ingreso, por la puerta que da hacia el pasillo, de uniformados policías que ingresaban para detener y llevarse a mi viejo. Un hombre indomable, valiente total en la palabra y lucha. Se defendía forcejeando y a puños. Fue una batalla feroz en el reducido espacio de la cocina; logró reducirlos, y finalmente huyeron, seguidamente, también mi

papá. El “clima”, como tormentas en el mar en medio de la noche cargada de incertidumbre, presagiaba tiempos difíciles.

## De las habitaciones

De las habitaciones dormitorios una recibía el nombre de “pieza china”, las otras dos estaban separadas por una pared y ambas se comunicaban por una puerta. En la habitación colindante con la casa de la familia Ramírez, se reemplazó la ventana por una puerta de doble hoja, de madera y color celeste. Este sitio pasó a ser el espacio de reuniones políticas, concretamente, la Unidad Básica del Partido Peronista en el Pasaje Revol. Dos grandes estanterías ocupaban sendas paredes desde el piso y hasta el techo, donde se ubicaban cajas con mercaderías para su reparto entre familias humildes. La habitación exhalaba el aroma típico del pan dulce. Aquí se reunía la militancia con mi viejo, solía escucharse la “Marcha Muchachos” desde unos parlantes muy grandes. Curiosamente, y nunca supe el motivo, solían venir sacerdotes vestidos con sotanas de color marrón.

No obstante, el destino contextual de ese ambiente también permitía, en los días que compartíamos con mi padre, disfrutar canciones de la música folclórica desde un tocadisco grande (¿combinado?). Nos alegraba escucharlo, pues recitaba como un verdadero poeta del cancionero popular, tarareaba la música clásica y nos enseñaba a bailar, entre otras, las danzas de Vivaldi. Fue una persona muy culta, amante de la música, literatura, tenía una pluma exquisita, repetía el consejo salvador de todo ser humano: estudien y trabajen para no padecer lo mismo que yo, y construir un futuro mejor. Esta habitación, no solo se destinó a reuniones y alegrías, fue igualmente un espacio de momentos épicos años más tarde.

La segunda habitación grande tenía una ventana hacia la calle, era contigua al pasillo y estaba separada de la anterior (el lugar de la Unidad Básica) con una puerta comunicante entre ambas. Los pisos de mosaicos aún se conservan como entonces y allí donde se observa una línea de separación divisoria de los mosaicos se encontraba la pared que separaba la habitación del lugar para la Unidad Básica. Este cuarto es un universo emblemático para nuestra familia, parti-

cularmente en mi vida. Aquí, un metro más delante de esa línea de separación, una noche de verano – sería diciembre de 1955 o enero de 1956– militares de Aeronáutica Argentina golpearon, seguramente con sus armas, en la puerta de la cocina, donde dejaron las huellas de los culatazos. Por el calor de la madrugada mi padre estaba con el torso descubierto, de pie y con los brazos en alto mientras los militares vestidos con uniformes de color gris celeste le apuntaban con ametralladoras; mi vieja sentada al borde de la cama, yo pequeño en mi camita sentado con las piernas cruzadas contemplando con estos mismos ojos y la bruma de ahora cargada de angustias que entonces no comprendía. Se lo llevaron secuestrado en aquella noche de terror.

*La casa hoy. Habitación en la que apuntaban a mi padre*



A partir de esa noche, mi madre contemplaba cómo su mundo repentinamente daba un giro de 180°. No recuerdo cuánto tiempo permaneció ausente, pero sí los días en que la vieja salía a ganarse un mango lavando ropa a domicilio para darnos de comer, mientras nuestra bisabuela materna, Micaela, venía desde San Vicente a cuidarnos, una italiana alta, delgada, elegante, hasta que regresaba la vieja hacia el atardecer.

No sé cuándo regresó mi viejo, pero ya en casa se dedicó a trabajar con sus amigos de los años de estudiantes secundarios formando una empresa de gestoría, “La Promotora”. Su actividad en la política no se interrumpió y continuó en la Resistencia Peronista.

Una tarde, mi padre fue a comprar facturas en la panadería Juaneda, ubicada en la esquina del pasaje, y al salir se encontró con Eugenio, quién le dijo que debían salir con urgencia hacia Buenos Aires. Sin avisar, se marcharon. A los pocos días sonó uno de los teléfonos (teníamos dos líneas): era mi viejo que comunicaba estar en la Capital Federal y aconsejaba ocupar la pieza chica con todas las infancias, poner una bandera argentina en la ventana y permanecer en silencio y con luces apagadas pues podrían ametrallar el frente de casa. Estos son los comentarios que mamá hacía con las abuelas, Virginia, su madre y Paulina, madre de mi viejo.

## Niñez y escuelas

Por esos días, Ernesto y Alba concurrían como alumnos pupilos al Hogar Escuela Pablo Pizzurno. Los días domingo hacia el atardecer llegaba un colectivo, celeste o verde, que los pasaba a buscar. En el colegio nada les faltaba, alimentación, descanso, vestimentas, educación, gracias a la Fundación Eva Perón. Los viernes por la tarde regresaban en ese mismo transporte de la institución educativa y de contención infantil. Mientras, mi hermanita Monona (Elena Paulina) y yo concurríamos a la Casa Cuna, acompañados en colectivo por mi mamá o mi viejo cuando estaba en casa. Esta institución, Casa Cuna, estaba ubicada en Castro Barros de barrio San Martín. Teobaldo, hermano mayor, asistía a la escuela Gobernador José Vicente Olmos ubicada frente a la Plaza Dalmacio Vélez Sarsfield, donde ahora existe un centro comercial.

Mientras tanto, crecía más rápidamente en “edad neurológica” que cronológica. Ya había dejado la Casa Cuna, para asistir como medio pupilo al Hogar Escuela. De modo que el colectivo celeste pasaba a buscarme por la Avenida Vélez Sársfield, empedrada de adoquines y de doble mano por aquellos años. En el Hogar Escuela, donde nada me faltaba, cursé primero inferior y primero superior en los años

1956 y 1957. En el 58 ingresé a la escuela Olmos donde repetía primer superior, luego segundo superior y tercer grado (1959) en el turno mañana. Al año siguiente, ya en cuarto grado turno tarde, el nombre de la escuela pasó a ser Teniente General Eduardo Lonardi, y fue allí donde Carlitos (yo, con alrededor de 10 años) conoció momentos de humillación de un adulto hacia un niño cuando en las clases de educación física a cargo de un “maestro” oficial militar, a pesar de mis esfuerzos por demostrar buen comportamiento y habilidades, me separaba del grupo de compañeros y ordenaba en tono militar que permaneciera de pie contra la pared hasta el final de la hora. Imágenes y sentimiento que perduran en mis ojos, por el simple hecho de pertenecer a una familia obrera, humilde y ser hijo de un padre militante del peronismo.

Carlitos en la Escuela Tte. Gral. Eduardo Lonardi.  
T.T. Cuarto grado



## **Pasaje y cielo nocturno**

El Pasaje Revol es un “pequeño baúl” que guarda, como una síntesis, una mixtura: ha dejado ver las diferentes épocas desde la llegada de los inmigrantes, y los viejos carros tirados por mulas que dieron lugar a las jardineras con choferes que vendían el pan, leche, tunas y sandías; los mateos con choferes de trajes y altos sombreros por su calle de tierra; trabajadores sencillos y humildes algunos, otras familias de clase de alta –como solían llamarse–; políticos, carteristas, prostitutas, farristas, al ritmo del tranvía por calle Belgrano empedrada de adoquines.

Desde una esquina a la otra, ambas veredas presentaban árboles paraíso que con sus densas copas cubrían toda la cuadra dando una sombra fresquita en los días del verano, y cuando estaban en flor un aroma muy exquisito en primavera. El colorido revolotear de mariposas ponían una pincelada a los días de la primavera y verano, por las noches gran cantidad de insectos por debajo de los faroles y en el suelo, y en ocasiones abundante cantidad de langostas. Todo ese cuadro recibía como coronación el canto de bandadas de golondrinas con el trinar de fondo de gorriones y otros pájaros, tal como si fuera una orquesta natural.

En las noches, miraba el cielo tachonado de estrellas, si, en la Córdoba de entonces, nadie podía advertir cual sería el devenir de la ciudad capital con la llegada de las industrias, la deforestación de sus campos, el trazado de rutas y crecimiento barriales. En el presente, muy adentrado en el interior provincial, los cielos nocturnos no se comparan con aquellos que estos ojos contemplaron en el pasaje, o cuando dormía en el patio de casa mirando la inmensidad estelar.

Hermanos- 1973. La Siambretta 125 en la puerta hacia el pasaje



## Clandestinidad y juegos de infancia

Mi padre vivió esos tiempos del plan Conintes (1958-1961) en la clandestinidad, mientras los niños jugábamos en el pasaje a la pelota de trapo, etiqueta, rango y mida o escondidas. En algunas ocasiones aparecía una rural Mercedes Benz de la que descendían militares de aeronáutica armados de fusiles máuser y ametralladoras, hacían algunas preguntas a mi madre y se marchaban sin resultados.

Mientras corrían los días de la ausencia, la interacción con los chicos de la cuadra, en general, era el trato propio de la infancia inocente, con actividades lúdicas ya comentadas, a las que solíamos agregar salidas hacia las canchas en el parque Sarmiento, la del “pozo” ubicada a pocos metros de la pista de patinaje, en la intersección de Avenida Poeta Lugones y Paraná (en la subida de la viborita), y cuando esta cancha estaba ocupada íbamos hacia la cancha de la “Leona” detrás del “Lawn tennis”. Con los hermanos Piana, familia que vivía en el primer pasillo de nuestra vereda desde calle Belgrano hacia casa, aprendimos el juego del béisbol, actividad que solíamos llevar con el conjunto de niños y jóvenes hacia los espacios abiertos

del parque, entre ellos el predio del Gimnasio Provincial. Los días del carnaval se disfrutaban con bastante alegría, de corridas con baldes de zinc, bombitas y pomos de goma, enharinando a quienes estaban distraídos cada vez que era posible. Nos sorprendían las comparsas repentinamente con sus atuendos coloridos y espejados.

Con Ernesto, en los días de vacaciones estivales y en horas de la siesta, solíamos disfrutar la marcha en carrito a rulemanes (bolillero) que sobre los mosaicos acanalados de la vereda producían un sonido espantoso para los durmientes vecinos, y que en la segunda pasada por la vuelta de manzana nos corrían, de modo que nos retirábamos hacia Tribunales frente al Paseo Sobremonte donde los placeres de la infancia continuaban con largadas hacia abajo por las pendientes a ambos lados del edificio judicial, hasta cansarnos y luego regresar a casa.

Nuestras vivencias de niños no marcan una época de nuestras vidas, más bien fueron relámpagos vibrantes. No obstante, el tiempo de pequeños fue generoso en experiencias de vida para comprender, después como adultos, el sufrimiento del otro.

Solíamos ganar algunas monedas limpiando el fondo de la casa de vecinos, buscar las verduras y frutas descartadas en el mercado de abasto, cortar flores en jardines de viviendas frente a La Cañada que luego vendíamos en los bares próximos a la vieja terminal de ómnibus para comer alguna porción de pizza. Caminamos las calles del viejo Abrojal, Güemes y Nueva Córdoba, puerta por puerta ofreciendo pastelitos, empanadas, alfajores para ganar algunos pesos y así sobrevivir. Jamás antes, a lo largo de décadas, he hablado de mi andar por el tiempo, metafóricamente, navegando en el mar de la soledad y las tormentas, como los siento hasta el presente. Parece que he abandonado las vergüenzas y los miedos, y que sólo escribiendo puedo narrar todo aquello que encierra el grito enmudecido. Sí, vendía diarios por las tardes, lustraba botines por las noches, lavador de copas y platos en bares por la madrugada. He sentido, desde muy niño, el verdadero y cruel hambre biológico, lo recuerdo ahora y siempre, y recién de adulto he aprendido el hambre cultural al que he llegado, felizmente, justamente con la cultura, educación, conocimientos, libros.

## Trabajar, estudiar, crecer

Pronto nos hicimos adultos. Tuve la suerte de conseguir trabajo como cadete en farmacia mientras retomaba la continuación de la enseñanza primaria en la escuela nocturna Fray Luis Beltrán (1964), en calle Corrientes; simultáneamente, Ernesto, mi hermano, ingresaba a trabajar en el supermercado Hogar Argentino.

Nuestros padres lograron sobrevivir cual Telémaco en la Odisea, unidos en la batalla por la vida. A las sombras apremiantes le pusieron ingenio, imaginación, creatividad, y con dos lavarropas, una pileta de lavar en el patio, iniciaron el trabajo de lavar ropa a particulares, bares, hoteles que mi padre transportaba en su bicicleta de reparto desde la nueva Empresa "Lavadero los Seis Hermanitos". Nuestras hermanas finalizaban la primaria en la escuela Roque Sáenz Peña, el hermano mayor, Teobaldo, en la fábrica FIAT; Ernesto, en el súper y yo, en la farmacia. De nuestros viejos recibimos las herramientas más valiosas que madre y padre pueden transmitir a sus hijos, estudiar y trabajar, de casa a la escuela y de la escuela al trabajo.

Folleto del Lavadero "Seis Hermanitos", 1965.



Aniversario. Familia completa. 1967.



Llegamos a la juventud. El trato con la vecindad del pasaje estaba camino a la extinción; ahora pasamos a ser los “hippies” de cabellos largos y camisas floreadas, cuello alto, a veces con jabot, pantalones de botas anchas; de los “assaltos” bailables en casas particulares al ritmo del tocadiscos Winco.

Y el ¡Glorioso Cordobazo llegó!, un jueves 29 de mayo de 1969, evento vibrante para nosotros en particular, no fue una sorpresa, pues ya venía esa modalidad de paros por 36 horas a partir de las diez de la mañana en días jueves y hasta el final del día viernes. Pensábamos que una movida grossa se avecinaba movilizando a toda la comunidad obrera estudiantil.

Muy convulsionada la vecindad aquella mañana de mayo. Desde la esquina de Ituzaingó y boulevard Junín observé la llegada a pie de los obreros del sector metalúrgico industrial de la zona este y sud este de la ciudad. Por entonces estaba en construcción la nueva Terminal de colectivos, había también columnas de cemento para el alumbrado público tendidas sobre ambas veredas dejadas para continuar sus instalaciones; la calle Chacabuco – Maipú estaba en proceso de demolición para ser ensanchada y continuar el hermoso

boulevard Chacabuco de Nueva Córdoba. De modo que nada faltaba en la utilería para el escenario épico en ciernes entre la masa obrera estudiantil y la guardia de infantería de la policía de la Provincia de Córdoba. Las persianas bajaban rápidamente, las gentes apuraban sus pasos rumbo a casa, yo en mi Siambretta 125 fascinado ante semejante atmósfera al fragor de reclamos por derechos. Llegué a casa y con Ernesto fuimos a ver el arribo de los obreros de zona sur, metalúrgicas y fábrica IKA RENAULT, miles de laburantes a pie bajando por avenida Vélez Sarsfield. Desde allí arrojaban puñados de canicas (bolita) de acero para derribar a los jinetes de la guardia de infantería a caballo apostada frente a la UTA en la avenida al 500, pasando San Luis. Las granadas de gases lacrimógenos no pudieron detener y dispersar a los manifestantes, obligando a las fuerzas a retroceder, quienes desenfundaron sus pistolas 11,25 y comenzaron a disparar. Regresamos a casa rápidamente, la policía movilizada como enjambre de avispas embravecidas lanzaban granadas lacrimógenas, una de ellas impactó en la puerta de nuestra casa. El casino de sub oficiales de aeronáutica, ubicado en el triángulo entre San Luis y la Cañada, fue tomado e incendiado, sus muebles arrojados a La Cañada.

El regreso a casa, fue más aterrador en las tinieblas, con disparos, órdenes a gritos desde grupos de soldados, corríamos agazapados sobre las paredes. Llegamos a casa sanos y salvos.

## **La suerte está echada**

El tres de mayo de 1969 cumplía 18 años, Carlitos ya no era el niño de los mandados o el cadete de farmacia, en adelante se convertía en el adolescente de las utopías, el romántico y bohemio. Nuestras vidas ya no tendrán marcha atrás, aquellos “hippies” nacieron como parte de la generación romántica, persuadidos de los hechos que conmovieron al mundo como la Segunda Guerra Mundial, Guerra de Vietnam, Masacre de Tlatelolco, Primavera de Praga, El Mayo Francés, el Glorioso Cordobazo.

En el inicio de 1970 iniciaba el colegio secundario, con 18 años de edad, nuevamente en el viejo edificio de la escuela Olmos, ahora Bachillerato Nocturno General José María Paz. De lunes a viernes trabajo y estudio. Regresaba a casa hacia las 23:30 horas para cenar

con mis padres y hermanos, mejoramos las condiciones habitacionales con reparaciones y redistribución de los espacios, arreglamos los techos que dejaban pasar agua durante las tormentas y nos obligaba a correr las camas. A veces nos cortaron la energía por falta de pago, no obstante, encendía un farol de auto con la batería del jeep para estudiar de noche hasta altas horas.

Con las amistades, ninguna del pasaje, salíamos a bailar y disfrutar esa juventud inolvidable. Las fiestas bailables (asaltos) en casas particulares llegaron a su fin, la comunicación con vecinos solo se limitaba al saludo respetuoso y habitual. Pronto llegó el ingreso a la carrera de Biología en la Facultad de Ciencias Exactas Físicas y Naturales de la Universidad Nacional de Córdoba, en 1974. Mi papá era empleado del Ministerio de Industria y Comercio de la Provincia de Córdoba y estaba afiliado al sindicato de empleados públicos, razón por la que podíamos acceder a los servicios médicos, entre ellos odontológicos.

*Amigos del pasaje, del trabajo y Ernesto*



Un día domingo gris de agosto del 75 habíamos estado en la cancha de la ciudad universitaria jugando al fútbol. Al regresar a casa, con Ernesto y un amigo, merendamos un té con criollitos, mientras

oíamos movimientos de autos, disparos y gritos en la esquina del pasaje y Belgrano. Después el amigo se marchó hacia las 10.30 de la noche. Aproximadamente a las doce de la noche, llamaron a la puerta policías en carros de asalto, patrullas y numerosos uniformados con armas largas. En la misma habitación donde secuestraron a Teobaldo (padre) aquella noche de verano, nos pusieron manos arriba y comenzaron a revisar todos los rincones, buscaban armas, un escondite subterráneo o cárcel del pueblo, y todo cuanto pudiera servir como excusa para detenernos. Hacia las cuatro de la madrugada nos subieron a un coche Falcon y nos llevaron a la seccional décima donde redactaron una declaración sobre el operativo de control y verificación en nuestro domicilio con resultados negativos, y nos permitieron regresar a casa.

Fotos en el dormitorio.



Al año siguiente ingresamos definitivamente en las tinieblas. Después del golpe del 24 de marzo, un día de abril, mi padre no regresó a casa, tampoco al día siguiente. Si bien estábamos acostumbrados a las ausencias prolongadas, pasaron varios días sin su presencia por lo que comenzamos a buscar en la comisaría y otras instituciones, en

el trabajo, la Secretaría de Industria y Comercio. Fue el Dr. Carreras, su amigo, que tomó la tarea de averiguar sobre el paradero de mi padre y vino a casa para darnos la noticia: “a Teobaldito lo llevaron al Centro Psiquiátrico de barrio Gral Paz, está bastante perdido por las inyecciones y nada reconoce”. Pudimos ir al hospital psiquiátrico y nos permitieron verlo, aunque nada lógico o racional podía responder o comentar. Se iniciaba un lento proceso de destrucción de la persona, como tantos sufrieron en los años de la dictadura más salvaje de la historia argentina.

Por las noches dormíamos sobresaltados, en ocasiones llegaban los militares en operaciones de control y verificación de las personas que se encontraban en la casa, lo cual nos tenían bastante cansados y fastidiados.

## Afortunado y agradecido

Ya nada será como en los años de nuestra bohemia, de radiantes alegrías, disfrutando de nuestro trabajo, en familia y creciendo. Regresaron el hambre, los miedos aterradores, incertidumbres y todo tipo de calamidades. Sin embargo, como si estuviéramos curtidos por los años de reiteradas tormentas, redoblamos las fuerzas. Alcancé, aunque tarde, mi título de Biólogo en la UNC. Continuaba trabajando en un taller con mi hermano, donde reparábamos electrodomésticos, persianas, hacíamos plomería, calefones, cocinas, calefactores, mientras construímos nuestras casas para cuando tuviéramos que dejar aquella en la que habíamos nacido y vivido a lo largo de décadas y hasta los años de 1990. En nuestra casa natal continuaron viviendo mi hermana Elena Paulina González (Monona) con sus hijos, mientras que nosotros solíamos visitarla y permanecer algunos días.

Por lo relatado, nuestra casa fue el tablado donde, a modo de extensión del contexto sociopolítico argentino, se desarrolló la síntesis de la crónica tragedia nacional. Papá, abuelita: aunque los recuerdos están grabados a fuego, no guardo rencores, he aprendido a lo largo de esa generosa existencia, en nuestra casa del pasaje Revol 50 - 52, las herramientas más valiosas para resistir las inclemencias, luchar y vencer; para comprender al otro y tenderle mis manos como todo lo mejor de vuestra herencia. Recuerdo, querido viejo, aquellos poe-

mas, canciones y versos, pero muy especialmente el de José Martí “en junio como en enero”, tantas veces recitado. Mamá, abuelito: gracias por aquellos consejos, tantas enseñanzas, tantos valores humanos, invitar al mendigo a compartir nuestra mesa; la resistencia que jamás ha sabido de renuncias y nos ha traído de vuelta a casa.

